

CONSTANZA ALLENDES

Indeleble



Áurea Ediciones

1

April versus un dúo plástico

Oscuridad, eso es todo lo que veo a mi alrededor, escucho gritos a la lejanía, pero no puedo divisar de quién son. Parpadeo para enfocar mi vista. Estoy dentro de un auto, pero está volcado, así que desabrocho el cinturón de seguridad para salir. Sin embargo, al hacerlo arrastro mi cuerpo. Intento incorporarme, sujetándome de lo que queda del vehículo, pero siento un dolor en la parte de mi abdomen, aunque eso es lo de menos. Al levantar la vista, contemplo la escena del accidente. Los recuerdos se agolpan en mi mente: escapándome de casa para ir a una fiesta de mi mejor amiga, mi madre enojada arrastrándome al coche, la discusión que tuvimos, el auto saltándose un semáforo y el impacto desde el lado del conductor. Todo fue tan rápido.

La respiración se me entrecorta y el pánico me invade. Necesito encontrar a mi madre, necesito saber que se en-

cuentra bien. Miro a mi alrededor y solo observo destrucción. La vista se me nubla y el nudo en mi garganta crece al reconocer un par de zapatos que me resultan dolorosamente familiares. Me acerco a ellos, rogando que sea una coincidencia, como muchas en la vida, pero no es así: el cuerpo inerte y sin vida de mi madre yace en el suelo. Me desplomo y las lágrimas caen. Me sorprende lo frágil que puede ser la vida: hace unas horas estaba riendo, bailando en una fiesta y ahora estoy frente al cuerpo inmóvil de mi madre, y el último recuerdo que tendré de ella es discutiendo por haberme escapado de casa. Me arrepiento tanto de haberlo hecho, quisiera retroceder el tiempo y quedarme en casa con mis padres.

—Perdón, mamá. Por favor, perdóname, yo no quería que esto sucediera —susurro entre sollozos, aferrándome a su cuerpo, entonces una mano se posa con suavidad sobre mi hombro. Cuando alzo la vista, me doy cuenta de que se trata de un bombero que me observa con calma, como si intentara transmitirme seguridad, aunque sé que nada volverá a estar bien.

—No deberías estar aquí. ¿Por qué no te vas con los doctores para que te revisen y nos dejas encargarnos de tu madre? —dice, pero no quiero separarme de ella. Al ver que no tengo intención de separarme de su cuerpo, le hace una señal al cuerpo médico, que me separan a la fuerza. Entonces lloro, grito y pataleo, pero no logro librarme. Veo cómo uno de ellos se me acerca con una aguja y me la inyecta en el brazo, la vista se me nubla y, con ello, la pesadez de los párpados aumenta, y lo último que veo es cómo cierran la bolsa con el cuerpo de mi madre.

Los pitidos de las máquinas se escuchan cada vez más fuerte, provocando que despierte, parpadeo varias veces

para enfocar, y las personas a mi alrededor se mueven por toda la habitación, pero no entiendo nada. Observo a mi derecha a mi padre, que toma mi mano llorando, pero no comprendo nada de lo que me está diciendo. ¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi madre? Los recuerdos entonces llegan a mí de golpe: la discusión, el accidente, la sangre, el cuerpo, la muerte.

Todo fue mi culpa, yo provoqué ese accidente. Yo debí haber muerto, no ella.

* * *

Pasaron once meses desde aquella horrible noche.

Me terminé de arreglar para ir a la escuela.

—Al fin te levantas —comentó mi padre, al verme bajar la escalera—. Creí que ibas a llegar tarde en tu primer día.

—Cómo se te ocurre. Estoy súper emocionada por volver a clases —respondí con sarcasmo.

—No seas así, cariño —dijo mi padre, acariciándome la cabeza—. Ya verás que la pasarás bien. Además, ve el lado bueno: este es tu último año.

—Lo sé. Bueno, adiós. Suerte en tu trabajo.

—¿No desayunarás?

—Comeré algo en la cafetería.

—Está bien. Cuídate mucho —dijo besando mi frente.

Salí para ponerme en marcha a la secundaria con mis fieles audífonos. No me gustaba ver a mi padre así. Sabía que, en el fondo, aún no superaba la muerte de mi madre y faltaba poco para ese fatídico aniversario. Saqué la cabeza de esos pensamientos. No quería cargar con ellos, menos hoy.

Al llegar, me dirigí a mi salón. Tocarón la campana y me fui a sentar en mi pupitre, al fondo. Al hacerlo, miré a la ventana cuando sentí que alguien se sentaba a mi lado.

—Creí que ya no llegabas. —Era Brooke, mi mejor amiga.

—Me quedé dormida —dije con una sonrisita inocente.

—Eso ya no es una novedad, cariño.

—Silencio, chicos. La clase dio comienzo —anunció el señor Denson, nuestro profesor de historia—. Este año tendrán un nuevo compañero. Pasa —agregó, y al abrirse la puerta, entró un chico alto, de cabellera oscura y unos profundos ojos verdes—. Preséntate.

—Hola, me llamo Ethan Blair. Tengo dieciocho años, me gusta el fútbol y espero hacer muchos amigos —dijo con una sonrisa cálida, que despertó las hormonas alborotadas de más de una chica.

—¿Qué te parece el chico nuevo? Es lindo, ¿no? —preguntó Brooke con una mirada divertida.

—Eso a mí no me interesa —dije secamente—. Debe ser otro idiota más.

—Tan fría como siempre.

Yo solo rodé los ojos y miré al tal Ethan, que al parecer se hizo amigo de Gabe Parker y Derek Hamilton, quienes se conocieron cuando recién entramos a estudiar y desde entonces eran inseparables.

Cuando la clase terminó, recogí mis cosas con rapidez y me fui con Brooke hacia la salida.

—Voy a dejar las cosas a mi casillero. ¿Nos juntamos donde siempre, cierto? —dijo Brooke.

—Sí, donde siempre.

—De paso voy a la cafetería. ¿Quieres que te lleve algo?

—Por favor. Muero de hambre.

—Eso te pasa por no desayunar, te traigo lo de siempre: galletas con chispas de chocolate y una caja de leche chocolatada —dijo.

—Eres la mejor, lo sabes.

—Lo sé, querida, lo sé.

Luego de separarnos, pasé a dejar mis cuadernos y sacar un libro del casillero, para después irme al patio del colegio y sentarme bajo un gran manzano. Desde niñas con Brooke nos habíamos pasado los recesos bajo ese árbol; en él habíamos compartido buenos y malos momentos, nos contábamos los más profundos y oscuros secretos. Ese árbol era muy importante para mí, ya que era el único lugar además de mi habitación en el que me sentía segura, allí nadie me juzgaba ni me hacía daño.

La gente era cruel y prejuiciosa, ya que sin conocerte te juzgaba sin piedad, como si tuvieran el permiso para hacerlo, como si fuera un pasatiempo más que disfrutaran. Pero lo que no sabían era que lastimaban sin razón, porque sus palabras herían; aunque no lo quisieras y solo tuvieras que fingir que todo estaba bien, e incluso reír de los comentarios para encajar en esta maldita sociedad. Sentada, inspiré hondo, llenando al máximo mis pulmones para luego exhalar. Cuando ya estuve más relajada, saqué el libro que había llevado de mi casillero para leer, pero un par de voces chillonas, que lamentablemente conocía muy bien, arruinaron mi tranquilidad.

—Miren a quién tenemos aquí, si es April —dijo con su voz chillona Ráchele.

—¿Ráchele? ¿No tienes algo mejor que hacer que venir a molestarme? ¿O tu vida es tan patéticamente aburrida? —respondí con ironía.

—Cálmate. Te meterás en problemas, pequeña tigresa —dijo de forma divertida mientras me bajaba.

—Vuelve a llamarme así y el próximo que estará con la nariz rota no será Ráchele —amenacé, apuntándolo con mi dedo.

—¿Qué está pasando aquí?! —gritó la directora, abriéndose paso.

—Todo es culpa de April: ella comenzó, nosotras solo tratábamos de defendernos —se excusó Ráchele.

—Eso no es cierto, no le crea, directora. Ellas comenzaron —respondí furiosa.

—Está mintiendo. Yo no sería capaz de dañar a una compañera.

—¡Basta! Se me van los cuatro a mi oficina inmediatamente.

—Pero nosotras no hicimos nada —protestó Ráchele.

—Dije que los cuatro a mi oficina.

No me quedó otra que hacerle caso a la directora, para evitar más problemas de los que ya tendría, aunque por dentro quería arrancarle las cabezas a Ráchele y Erika. Los cuatro seguimos a la directora a su oficina, aunque en todo el camino el dúo plástico no paraba de lanzarme miradas de muerte, que yo se las devolvía. En cuanto a Ethan, él ignoraba completamente la situación.

Al llegar a la oficina, la directora llamó primero a Ráchele y a Erika, mientras Ethan y yo esperábamos afuera.

—No tuviste que haberte metido en la pelea —dije.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Porque no era asunto tuyo.

—Sí era asunto mío, era una pelea de dos contra una. Era injusto.

—¿Y eso a ti qué? —contesté.

—Deberías estar agradecida que interviniera.

Pensé entonces: “Y este qué se cree”. Antes de que me dijera algo más, se abrió la puerta de la oficina de la directora y salieron Ráchele y Erika, dedicándome una sonrisa maliciosa. Al oír que la directora nos llamaba, ingresamos a su oficina y nos sentamos.

—Señorita Wood, ¿qué me puede decir en su defensa?

—Ellas me molestaron y yo simplemente me defendí —me defendí enojada.

—Siempre es lo mismo, usted no cambia.

—No, no tengo por qué hacerlo.

—Y usted, señor Blair, es su primer día y ya está metido en problemas.

—Yo simplemente iba caminando por el patio y vi a las chicas peleándose, solo trataba de separarlas.

—De igual forma están los dos castigados: limpiarán el salón de ciencias después de clases hoy y mañana.

—Cómo que nosotros, y qué pasa con el castigo de esas idiotas —reclamé enojada.

—¡No le digas así a tus compañeras! —gritó la directora—. Además, tú fuiste la que comenzó la pelea, a la que luego se involucró el señor Blair.

—Esto es injusto. ¿Y tú no vas a decir nada? —pregunté mirando a Ethan.

—¿Y qué quieres que diga? No hay nada que se pueda hacer, es la directora.

—Si no hay nada más que decir, ¿ya me puedo ir? —dije.

—Sí, se pueden retirar.

Cuando nos retiramos de la oficina de la directora, miré el reloj que colgaba de la pared. Eran las 10:00, las clases habían comenzado y el profesor de matemáticas no me iba a dejar ingresar al aula, así que no me quedó otra que ir a